

## CAPITULO XIII

Conducta indigna de las autoridades y de la familia real de España.—Conferencias entre los ministros de Fernando y Napoleón.—Primeras entrevistas de los reyes padres con Fernando, Godoy y el emperador.—Renuncia Carlos IV en Napoleón la corona de España, antes que Fernando la renuncie en su padre.—Juicio de Carlos IV.—Renuncia toda su familia sus derechos á la corona de España.—Godoy y Escoiquiz.—Es internada en Francia la familia real de España.

Acabamos de ver la grandeza de alma con que despierta de su sueño de tres siglos el pueblo español, á quien se creía sumergido en un brutal estupor. Veamos ahora cómo correspondían á sus sacrificios la familia de sus reyes y sus servidores y consejeros.

Las autoridades de Madrid postráronse todas humildemente á los piés del vencedor, flaqueza que el rigor de las circunstancias excusaría si el pueblo no les hubiese dado ejemplo de dignidad y de energía, y si no hubiese en algunas traspasado los últimos límites del decoro. El tribunal del Santo Oficio, sobre todo, se distinguió en la senda de la abyección, pretendiendo obligar al clero, no tan sólo á anatematizar el levantamiento del 2 de Mayo, que calificaba de «escandaloso», sino además á defender la causa de los mismos que habían enviado las víctimas al sacrificio sin los auxilios espirituales.

El infante D. Antonio, ó por insinuaciones indirectas de Murat, fáciles de obedecer en un ánimo apocado, ó bien por petición de él mismo, según piensan otros, para evadirse de los nuevos compromisos en que su cargo de presi-

dente de la junta pudiera colocarle, un día después de haber sido enviado á Francia el niño D. Francisco, partió también, el 4, en un coche particular, á fin de no ser conocida del pueblo su salida, despidiéndose de su tribunal en una carta que bastaría por sí sola para justificar el juicio de los que le han llamado «el más simple de los Borbones», si hechos posteriores no hicieran ver en ella una burla horrible, y cuando menos una cruel insensibilidad: Dirigióla «Al señor Gil» (Lemus) y decíale en el lenguaje de su menguada inteligencia: «A la junta para su gobierno la pongo en su noticia como me he marchado á Bayona de orden del rey, y digo á dicha junta que ella sigue en los mismos términos como si yo estuviese en ella.—Dios nos la dé buena.—Adios, señor, hasta el valle de Josafat.—Antonio Pascual.» ¡Esta carta fué escrita al día siguiente de las matanzas del Buen Suceso, el Prado y el Retiro! ¡cuando Madrid estaba cubierto de luto, desiertas las calles, cerradas las tiendas y las vidrieras, y la campana funeral llevaba la aficción á todos los corazones!



Con la llegada de D. Antonio á Bayona quedó en poder de Napoleón toda la familia real de España, cuyo destronamiento había acordado y estaba resuelto á conseguir por cualquier medio. Después del fatal anuncio hecho por Savary á Fernando, pusieron á conferenciar desconsoladamente sus consejeros, y determinaron que pasase en compañía del agente Izquierdo á avistarse con el ministro de Negocios extranjeros del emperador, Mr. de Champagny. Cuéntase que en el mayor calor de la sesión, cuando Ceballos se expresaba con más indignación contra la renuncia que á la dinastía de Borbon se exigía, Napoleón, que estaba escuchando detrás de una puerta, entró, lleno de cólera el semblante y balbuciente la voz, acusando al orador de haber cooperado al destronamiento de un rey de quien era ministro para serlo en seguida de su hijo, mezclando en sus apóstrofes el dictado de *traidor*.

Pero al arrebató sucedió luego la calma, y en aquella misma sesión concluyó el emperador diciendo á quien tan atrocemente había insultado «que debía adoptar ideas más francas, ser menos delicado sobre el pundonor, y no sacrificar la prosperidad de España al interés de la familia de Borbon.» Esto, en términos más precisos, era pedirle en favor de la dinastía imperial la deslealtad que había cometido con Carlos IV.

Poco satisfechos Fernando y Escoiquiz de la conferencia, pasó éste á verse con el mismo emperador, y le dirigió un discurso tan patético y campanudo, que Napoleón, fatigado de aquello que burlándose llamaba «arenga ciceroniana», le interrumpió bruscamente para repetir que la renuncia de Carlos había sido arrojada en medio de un motín, y era consiguiente é indispensable la de su hijo. Volvió Escoiquiz á coger el hilo de su discurso, y hubiera seguido perorando largamente, si su mal sufrido interlocutor no le hubiese interrumpido levándose y autorizándole para ofrecer á su alumno la corona de Etruria en cambio de la de España y el casamiento con una princesa de su familia; en lo cual decía demostrar su generosidad y estimación á Fernando. El mismo Escoiquiz refiere con una simplicidad que

no honra ciertamente sus talentos diplomáticos, que el emperador dió fin á la conversación estrándole afectuosa pero fuertemente las orejas; cariño para cualquier otro indecoroso y ofensivo, que acabó, sin embargo, de trastornar al arcediano. Voló gozoso al alojamiento del rey y expuso la proposición que llevaba, sobre la cual fueron todos de parecer que se desechase en la inteligencia de ser costumbre del emperador pedir mucho para quedar con algo. Admira tal ceguedad en consejeros tan burlados, y nos asombraría más la tenacidad de Escoiquiz en seguir viendo en Napoleón un amigo, si esta proposición no patentizase bien su vehemente ambición. Aconsejar, en efecto, el abandono de la patria, y en un cambio tan desventajoso, sólo podía hacerlo un alma ardiendo en sed de mando, á quien no era dado conocer que el que no había respetado al primer rey de Etruria tampoco respetaría al segundo.

Napoleón, no queriendo proseguir las conferencias hasta la llegada de Carlos, pidió que se designase otra persona en reemplazo de Ceballos para entenderse con Mr. de Champagny, y como éste hiciese imposible todo arreglo, el obispo de Poitiers, Mr. de Prat, tuvo el encargo de negociar con Escoiquiz. Sus tratos tampoco dieron resultado positivo hasta el día 29 de Abril, víspera de la llegada de Carlos, en que Napoleón declaró como enojado á Fernando, que sólo trataría á lo adelante con su padre.

Este y su esposa, al entrar en el alojamiento que les tenía preparado el emperador, encontraron al pié de la escalera á sus dos hijos, Fernando y Carlos, que salían á recibirlos y á abrazarlos. Acogieron ambos con agrado las demostraciones afectuosas del último, que se adelantó á ofrecerlas, y dicen algunos que María Luisa también admitió las del primero, ó cediendo á la voz de la naturaleza, ó por no deshonorarse ante el numeroso concurso que lo presenciaba. Pero Carlos, al acercarse á él Fernando tímidamente con los brazos abiertos, le dirigió una mirada severa que se los hizo bajar y le volvió la espalda, subiendo en seguida las escaleras: dureza que, para más ofenderle, sin duda comparó con el recibimiento que hicieron á Godoy, á quien se abalanzaron los dos



ancianos y tuvieron largo rato entre sus brazos sollozando.

La primera visita del emperador á éstos se redujo á mero cumplido y protestas de amistad y proteccion. A la segunda entrevista en el palacio imperial, con motivo de haber sido convidados á comer, subiendo Carlos dificultosamente la escalera por efecto de sus achaques, ya se cruzó entre él y Napoleon, en cuyo brazo se apoyaba, este breve diálogo:

«Ya veis; me han derribado porque no tengo fuerzas.—Eso lo veremos; apoyaos en mí, que podré sostener á los dos.—Tal vez, repuso el anciano parándose á mirar á su protector, y en ello fundo mis esperanzas.» La comida, sin embargo, terminó sin otro incidente digno de mencionarse que una demostracion del extremado afecto de los reyes padres á su favorito, que recogió cuidadosamente Napoleon. Por olvido, ó por parecerle inconveniente ó acaso deliberadamente, con objeto de cerciorarse de lo que la voz pública decia, habia éste dejado de convidar á Godoy, ó le tenia con estudio en otro aposento. Miraron Carlos y María á uno y otro lado con ansiedad buscando á su amigo, hasta que, al sentarse á comer, no pudiendo contener su impaciencia, exclamó el primero con viveza y como quien siente que le falta un auxilio indispensable: «¿Y Manuel? ¿dónde está Manuel?» Godoy no tardó en presentarse, porque los fines de Napoleon exigian entonces la mayor complacencia con los reyes padres.

De acuerdo éstos con el emperador, citaron aquel mismo dia á su hijo á una entrevista en presencia de aquél, con objeto de conferenciar sobre el asunto que le habia llevado á Bayona. Comparecido Fernando, intimóle Carlos el mandato de que le restituyese inmediatamente á la siguiente mañana, por medio de una breve y sencilla cesion, la corona que le usurpara, amenazándole de lo contrario con que él y sus hermanos y todos sus consejeros serian tratados como emigrados, sujetos á la voluntad del emperador. Este en breves palabras manifestó apoyar la resolucion. Quiso aquél hablar; mas tan enojados tenia á sus padres que, apenas notaron el primer indicio, se levantaron furio-

sos y se lanzaron sobre él llenándole de improperios con la exaltacion de un ánimo en que se ha concentrado el resentimiento. Salieron á plaza todas las ofensas que de él creian haber recibido, los sucesos del Escorial, los de Aranjuez, y hasta le acusaron de haber querido arrebatar á su padre la vida con la corona. Algunos escritores franceses y españoles, refiriéndose á una relacion de Bonaparte á Mr. de Prat, dicen que María Luisa se encolerizó á tal punto, que pidió á Napoleon hiciese expiar á su hijo sus delitos en un cadalso. Pero la naturaleza se niega á creer tal fiereza en el corazon de una madre, y hay además quien asegura que se limitó á recordar á su hijo la generosidad que con él habia usado en la causa del Escorial, guardando en su seno el papel, cuya presentacion hubiera podido costarle la vida. De todos modos la escena no podia ser más escandalosa, y Napoleon la presenciaba.....

Fernando quedó mudo y aterrado con aquella lluvia de denuestos, y poco despues de haberse retirado envió á Carlos la siguiente carta con las condiciones que ponía á su renuncia: «Venerado padre y señor: V. M. ha convenido en que no tuve la menor influencia en los movimientos de Aranjuez, dirigidos, como es notorio, y á V. M. consta, no á disgustarle del gobierno y del trono, sino á que se mantuviese en él y no abandonase la multitud de los que en su existencia dependian absolutamente del trono mismo. V. M. me dijo igualmente que su abdicacion habia sido espontánea y que, áun cuando alguno me asegurase lo contrario, no lo creyese, pues jamás habia firmado cosa alguna con más gusto. Ahora me dice V. M. que, aunque es cierto que hizo la abdicacion con toda libertad, todavia se reservó en su ánimo volver á tomar las riendas del gobierno cuando lo creyese conveniente. He preguntado en consecuencia á V. M. si quiere volver á reinar, y V. M. me ha respondido que ni queria reinar ni ménos volver á España. No obstante, me manda V. M. que renuncie en su favor la corona que me han dado las leyes fundamentales del reino, mediante su espontánea abdicacion. A un hijo que siempre se ha distinguido por el amor, respeto y obediencia á sus padres,



ninguna prueba que pueda calificar estas cualidades es violenta á su piedad filial, principalmente cuando el cumplimiento de mis deberes con V. M. como hijo suyo no está en contradiccion con las relaciones que como rey me ligan con mis amados vasallos. Para que ni éstos, que tienen el primer derecho á mis atenciones, queden ofendidos, ni V. M. descontento de mi obediencia, estoy pronto, atendidas las circunstancias en que me hallo, á hacer la renuncia de mi corona en favor de V. M. bajo las siguientes limitaciones: 1.ª Que V. M. vuelva á Madrid, hasta donde le acompañaré y serviré yo como su hijo más respetuoso; 2.ª Que en Madrid se reunirán las Cortes, y pues que V. M. resiste una congregacion tan numerosa, se convocarán al efecto todos los tribunales y diputados de los reinos; 3.ª Que á la vista de esta asamblea se formalizará mi renuncia, exponiendo los motivos que me conducen á ella: éstos son el amor que tengo á mis vasallos, y el deseo de corresponder al que me profesan procurándoles la tranquilidad y redimiéndoles de los horrores de una guerra civil, por medio de una renuncia dirigida á que V. M. vuelva á empuñar el cetro y á regir unos vasallos dignos de su amor y proteccion; 4.ª Que V. M. no llevará personas que fuertemente se han concitado el odio de la nacion; 5.ª Que si V. M., como ha dicho, ni quiere reinar ni volver á España, en tal caso yo gobernaré en su real nombre como lugar-teniente suyo. Ningun otro puede ser preferido á mí: tengo el llamamiento de las leyes, el voto de los pueblos, el amor de mis vasallos, y nadie puede interesarse en su prosperidad con tanto celo ni con tanta obligacion como yo. Contraida mi renuncia á estas limitaciones, comparecerá á los ojos de los españoles como una prueba de que prefiero el interés de su conservacion á la gloria de mandarlos, y la Europa me juzgará digno de mandar á unos pueblos, á cuya tranquilidad he sabido sacrificar cuanto hay de más lisonjero y seductor entre los hombres.—Dios guarde la importante vida de V. M. muchos y felices años, que le pide postrado á L. R. P. de V. M. su más amante y rendido hijo.»

Adviértese claramente en este documento

una intencion ulterior contra el objeto que al parecer se proponia: se suponen confesiones de Carlos respecto á la libertad de la abdicacion que desmienten lo que inmediatamente que sucedió á ésta la protesta y toda la correspondencia seguida por Maria Luisa con Murat, de acuerdo con Carlos IV; se deja sospechar que la reclamacion que éste hacia no era de su voluntad; se da por hecho que las leyes fundamentales le han dado la corona, y que la cede violentamente en consideracion al bien público y á «las circunstancias en que se halla;» y se imponen á la renuncia condiciones y formalidades que no se habian tenido por necesarias para la del padre, antes bien se habian olvidado ó atropellado. ¿Por ventura, se habian reunido las Cortes ni la asamblea de tribunales y diputados de los reinos en Aranjuez para formalizar la abdicacion de Carlos IV, exponiendo los motivos que á ella le obligaban? ¿No se reprendiera al consejo de Castilla por querer cumplir la fórmula de oír el dictámen fiscal mandándole proceder inmediatamente á la publicacion?

La contestacion que Carlos dió á la carta de su hijo fué dictada por el mismo Napoleon, segun nos lo declara el príncipe de la Paz, hecho que bastara, cuando tantos otros no hubiera, para evidenciar la participacion del emperador en los sucesos que salieron de aquellas conferencias y la degradacion en que habian caido los reyes padres. Decíale en ella al referirse á los sucesos de Aranjuez, contestando la supuesta libertad de su abdicacion: «¿Cuál ha sido en estas circunstancias vuestra conducta? El haber introducido el desorden en mi palacio y amotinado el cuerpo de guardias contra mi persona. Vuestro padre ha sido vuestro prisionero; mi primer ministro, que habia yo criado y adoptado en mi familia, cubierto de sangre, fué conducido de un calabozo á otro. Habeis desdorado mis canas, y las habeis despojado de aun corona poseida con gloria por mis padres, y que habia conservado sin mancha. Os habeis sentado sobre mi trono, y os pusisteis á la disposicion del pueblo de Madrid y de tropas extranjeras que en aquel momento entraban.»—

Y añadia en respuesta á las condiciones que se le



exgían: «Yo soy rey por el derecho de mis padres; mi abdicacion es el resultado de la fuerza y de la violencia: no tengo, pues, nada que recibir de vos, ni ménos puedo consentir á ninguna reunion ni junta: nueva necia sugestion de los hombres sin experiencia que os acompañan.» Respecto á la exigencia de reemplazarle como lugar-teniente en el caso de no querer reinar, si no le respondia categóricamente, lo hacia de un modo que le daba bien claramente á entender sus intenciones. «Vuestra conducta conmigo, le decia, vuestras cartas interceptadas, han puesto una barrera de bronce entre vos y el trono de España; y no es de vuestro interés ni de la patria el que pretendais reinar.—Guardaos de encender un fuego que causaria inevitablemente vuestra ruina completa y la desgracia de España.» Antes, en el principio de la carta, fraccionando este pensamiento, segun tenia de costumbre Napoleon para debilitar su osadía ó disfrazar sus miras, le habia dicho: «Los consejos péfidos de los hombres que os rodean han conducido la España á una situacion crítica: sólo el emperador puede salvarla.»

¿Pediria, en efecto, Carlos IV la renuncia en su favor para seguir llevando en sus sienes la corona ó para cedérsela á Bonaparte? Imposible es pronunciar una contestacion positiva. En la correspondencia de María Luisa con el gran duque de Berg, se ve á los reyes padres, ora implorando la proteccion del emperador para que les desagravie y restituya el poder, ora limitándose á suplicar la libertad de su favorito para pasar en su compañía, apartados del bullicio de los negocios, el resto de su vida. «Consíganos V. A., le decia una vez, que podamos acabar nuestros dias tranquilamente en un país conveniente á la salud del rey (la cual está delicada, como tambien la mia), y que sea esto en compañía de nuestro único amigo, que tambien lo es de V. A.» En testimonio de un opuesto deseo pueden citarse las conversaciones que tuvieron en el camino de Bayona, particularmente las palabras que cruzaron con el duque de Mahon en Villa-Real. Habiéndole preguntado qué novedades habia, respondió aquel: «Asegúrase que el emperador de los franceses reúne en Bayona todas las personas de la fami-

lia real de España para privarlas del trono.» Sorprendida la reina, quedó un rato pensativa, y luego dijo: «Napoleon siempre ha sido grande enemigo de nuestra familia: sin embargo, ha hecho á Carlos reiteradas promesas de protegerle, y no creo que obre ahora con perfidia tan escandalosa.» Pocos dias despues se le veia en Bayona no queriendo reinar ni volver á España, y dar por seguro que sólo el emperador podia salvarla. La contradiccion que se encuentra en estas manifestaciones sólo tiene, á nuestro juicio, esta explicacion: preso Godoy, María Luisa lo prometia todo; libre ya su favorito, sentia el torcedor de la venganza y deseaba recuperar el poder; pero Napoleon se cruzó con sus exigencias, y los reyes padres, que le debian lo que más apetecieran, la salvacion de su amigo, consintieron en recibir la reparacion en la persona del emperador, siendo él quien destronase á su hijo. ¿Mas y la patria? ¡Carlos sólo pensaba en María Luisa, y María Luisa sólo en Godoy! En España pensaban únicamente el pueblo y Napoleon.

Fernando contestó á su padre el dia 4 sincerándose de los cargos que le hacia, y se detenia más particularmente en la acusacion de poco afecto á los franceses, dando ambos reyes, padre é hijo, el vergonzoso espectáculo de disputar con empeño sobre quién era más francés, lo que en aquellas circunstancias equivalia más que en otra alguna, á quién era ménos español. Y respecto al punto capital de la cuestion, concluia rogándole «encarecidamente que se penetrase en nuestra situacion actual y que se tratara de excluir para siempre del trono de España nuestra dinastía, sustituyendo en su lugar la imperial de Francia; que esto no podian hacerlo sin el expreso consentimiento de todos los individuos que tenian y podian tener derecho á la corona, ni tampoco sin el mismo expreso consentimiento de la nacion española reunida en Córtes y en lugar seguro; que además de esto, hallándose en país extraño, no habria quien se persuadiese que obraban con entera libertad, y esta sola circunstancia anularia cuanto hiciesen, y podria producir fatales consecuencias.»

La clara resistencia que se manifestaba en



este párrafo final de la carta irritó la susceptibilidad de la autoridad paterna, y la noticia de los sucesos de Madrid del 2, llegada al dia siguiente, el 5, precipitó el suceso que la correspondencia tenia por objeto. Al punto en que Napoleon recibió los pliegos de Murat fué lleno de ira á ver á los reyes padres, y entró en su aposento colmando de denuestos á su hijo y diciendo que era preciso poner fin aquel mismo dia á tantos crímenes. El emperador creia por las indicaciones de su lugar-teniente, é hizo creer fácilmente á aquellos ancianos resentidos, que la sublevacion de Madrid habia sido efecto de una conspiracion de los partidarios de Fernando, por haber visto aclamado su nombre en medio del fuego. Así fué que, apenas se presentó á su vista, habiéndole llamado inmediatamente á una conferencia, una lluvia de acusaciones é improperios cayó de nuevo sobre él, que la recibió en pié, y cabizbajo y silencioso, como un reo delante de sus jueces todos sentados. «¿Te has dado prisa á destronarme, le decia Carlos, para ahorcar á mis vasallos? ¿Quién te ha aconsejado esa carnicería? ¿Aspiras solamente á la gloria de tirano?» Y añadía María Luisa: «Nos hubieras hecho morir si no hubiésemos salido de España..... Y bien: ¿te has propuesto no contestar? Tus mañas son siempre las mismas: cuando cometias un desacierto, jamás sabias cosa alguna.» El arrebato de ambos llegó al extremo de levantar Carlos varias veces la caña en que se apoyaba, sobre la cabeza de su hijo, y lanzarse á él su madre con la mano en actitud de darle un bofetón. ¡Napoleon presenciaba tambien esta segunda escena! Por algun tiempo la contempló en silencio, quizá gozándose de tanta degradacion, y por fin tomó tambien la palabra para terminar diciendo al abrumado príncipe: «Yo no reconoceré jamás por rey de España al que ha sido el primero en romper la alianza que desde tan antiguo la unia á la Francia; al que ha ordenado la matanza de los soldados franceses en los momentos mismos en que solicitaba de mí que sancionase la accion impía en cuya virtud deseaba subir al trono. Este es el resultado de los malos consejos que á tal estado os han traído: de nadie sino de los que os los han dado os podeis con justicia que-

jar. Yo no tengo compromiso ninguno que cumplir sino con el rey vuestro padre: él es el único á quien yo reconozco por monarca, y si él lo desea, estoy dispuesto á volverle Madrid.— ¡Quién! dijo Carlos volviéndose á Napoleon, ¿yo volveré á mi córte? De ninguna manera. ¿Qué haria yo en un país donde se han armado todas las pasiones en contra mia? Yo no hallaria allí en ninguna parte más que súbditos rebeldes: y quereis que, tras haber sido bastante feliz en haber atravesado sin menoscabo la época del trastorno general de Europa, vaya ahora á deshonorar mi vejez, haciendo la guerra á las provincias que he tenido la dicha de conservar, y conduciendo mis súbditos al cadalso? No, de ninguna manera: él se encargará de eso mejor que yo.» Y encarándose de nuevo con su hijo añadió: «¿Crees sin duda que nada cuesta el reinar? Ahora puedes ver los males que preparas á España. Has seguido consejos péfidos: yo no puedo ya nada, ni quiero mezclarme en cosa alguna: marcha y sal como puedas de ese precipicio.»

Fernando, que nunca tenia valor para manifestar personalmente su oposicion ó negativa á cualquier exigencia, ya no le tuvo tampoco para resistirse por escrito, y al dia siguiente envió á su padre la renuncia concebida en estos términos: «Mi venerado padre y señor: para dar á V. M. una prueba de mi amor, de mi obediencia y de mi sumision, y para acceder á los deseos que V. M. me ha manifestado reiteradas veces, renuncio mi corona en favor de V. M. deseando que pueda gozarla por muchos años. Recomiendo á V. M. las personas que me han servido desde el 19 de Marzo; confio en las seguridades que V. M. me ha dado sobre este particular.»

Hasta el recibo de este documento Carlos no podia decir que fuese dueño de la corona de España, y eso no obstante, un dia antes, horas despues de la borrascosa sesion que acabamos de referir, se la habia cedido á Napoleon de la manera más absoluta, teniendo por negociador al malhadado y funesto, para él y para España, príncipe de la Paz. De los diez artículos que contenia el tratado que ajustó con el mariscal Eúroc, uno versaba sobre la renuncia,